

Don Pedro de la Gasca y la Iglesia de La Magdalena

por EUFEMIO LORENZO SANZ

Natural de Navarregadilla, en el Barco de Ávila, Pedro de la Gasca se licenció en Teología, Artes, Cánones y Leyes en Alcalá de Henares y Colegio Mayor San Bartolomé de Salamanca. Después de ocupar varios cargos eclesiásticos, pasó al Consejo de la Inquisición y se le nombró visitador de los Tribunales y Real Hacienda de Valencia, desde donde fortificó la costa levantina y las islas Baleares contra los ataques del pirata Barbarroja.

Era La Gasca, bajo de estatura, grueso de cuerpo, flaco de piernas, bueno de mirada y corto de verbo. Los que lo conocían sabían que era un personaje de cuidado, enérgico y astuto. Feo de cara, ancho de pecho y muy corto de cuello, le daban apariencia de giboso, acentuada por sus piernas largas. Sus enemigos decían que a caballo daba risa y sin caballo, pena.

Ante el levantamiento de los colonos y conquistadores peruanos, acaudillados por Gonzalo Pizarro y la falta de autoridad del Virrey Núñez Vela, resultaba urgente enviar una persona discreta, inteligente y firme, que sin necesidad de trasladar un fuerte ejército restableciese el orden en el Perú.

El Príncipe D. Felipe decidió reunir una Junta en Valladolid para determinar lo que se debería hacer. Fueron convocados a la misma los Arzobispos de Toledo y Sevilla, los Obispos de Cuenca y Sigüenza, el Duque de Alba, los comendadores mayores de Castilla y León y el secretario Francisco de los Cobos. Se llegó a la conclusión de que la situación era muy grave y resultaba necesario nombrar un político prudente para remediarla. Presentados los candidatos y votaciones, fue elegido para dicha misión, Pedro de la Gasca, clérigo de misa.

Con sólo el título de Presidente de la Audiencia, pero con amplios poderes civiles y eclesiásticos, así como con algunas cartas del Rey dirigidas a personas influyentes y otras firmadas en blanco para hacer de ellas el uso que creyese conveniente y llevando de consejero a Alonso de Alvarado —nombrado entonces Mariscal— y acompañado de los nuevos oidores y otras personas de calidad, llegó La Gasca a Nombre de Dios el 27 de julio de 1546.

Enterado en Santa Marta, de la derrota y muerte del Virrey Núñez Vela en la batalla de Añaquito, comenzó a actuar con tal habilidad que le permitió incorporar a su bando la armada de Gonzalo Pizarro, al adelantado Benalcázar, a Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile y a otras personalidades destacadas como Centeno. Además de estas adhesiones y otras posteriores, es necesario considerar las deserciones producidas en las filas de Gonzalo Pizarro.

Jaquijahuana más que batalla fue desbandada general en las huestes de Gonzalo Pizarro. Con esta desigualdad de fuerzas, la batalla de Jacquijahuana (9-4-1548), capitaneada por Valdivia a las órdenes de La Gasca, no revistió enverga-

dura. Sólo murieron 15 pizarristas y uno del ejército de La Gasca. Gonzalo Pizarro, su fiel capitán Francisco Carbajal y otros oficiales pagarán la derrota con su ejecución. Dice Gómara que Carbajal había sido soldado del Gran Capitán y “el más famoso guerrero de cuantos españoles pasaron a Indias”. Es tristemente célebre por su crueldad. Continuó La Gasca pacificando los territorios y afianzando la conquista mediante el envío de expediciones a Charcas, Río de la Plata, Paraguay, Tucumán, etc.

En el orden civil La Gasca reorganizó la Audiencia y los Cabildos. Con importantes caudales desembarcó en Cádiz a comienzos de la primavera de 1550, pagándole el Emperador las deudas contraídas. Era opinión general que La Gasca debía ser recompensado como eclesiástico, por la gran labor desarrollada, deseo que se quería indicar con estos versos:

“El bonete venció al casco,
bien le podeis, Rey, premiar,
haciendo el bonete mitra
o birrete cardenal”.

La Gasca fue un discretísimo gobernante que siempre logró vencer las más arduas dificultades. Su principal misión fue la pacificación del Perú en la que habían fracasado sus dos paisanos castellanoleoneses, Núñez Vela y Vaca de Castro. Puede considerarse La Gasca como un modelo representativo de los funcionarios castellanos del Imperio Hispánico.

Todavía tuvo tiempo La Gasca para asistir a la Junta de las Polémicas de Valladolid entre el padre Las Casas y Ginés de Sepúlveda en 1551. Nombrado Obispo de Palencia y en 1561 de Sigüenza, reedificó la iglesia de La Magdalena de Valladolid, dotándola de grandes rentas.

Originariamente la iglesia de La Magdalena fue una modesta ermita, de la que no han quedado restos. Su fundación la realizó don Pedro de la Gasca, “pacificador del Perú”, que tomó el patronazgo de la misma en 1564, aunque las obras no se terminaron hasta 1575-76.

Los planos de la iglesia fueron realizados por Rodrigo Gil de Hontañón, aunque no fue quien terminó sus obras. De una gran sobriedad decorativa, se ajusta a los cánones del renacimiento.

De los tres cuerpos de la fachada, destaca el central con un enorme escudo de armas de La Gasca. Este escudo se repite profusamente en el interior del templo. Lo forma un león rampante orlado por cuatro castillos y trece roeles colocados en tres palos. Fuera del escudo, rodeándole, se hallan hasta nueve banderas de los gonzalistas abatidos, siendo la más alta y derecha la que representa el escudo de los Pizarro.

En el centro de la iglesia se halla su sarcófago de mármol jaspeado, obra de Esteban Jordán. Su estatua yacente de alabastro revestida y mitrada esconde al perspicaz político.

En el interior de la iglesia recorriendo la cornisa de la única nave del templo se halla una inscripción latina que dice:

“El ilustrísimo y reverendísimo Señor Don Pedro de Lagasca, del consejo de la Santa Inquisición General, obispo de Palencia y con posterioridad de Sigüenza, fue a tierras del Perú, en el Nuevo Mundo, como virrey de Carlos V, emperador invicto y rey de las Españas. De allí trajo como botín estas banderas y algunos otros trofeos, después que hubo vencido a los rebeldes y sus cabecillas en el primer combate, some-

*El pacificador
del Perú
Don Pedro de la Gasca
erigió la iglesia
de la Magdalena,
en Valladolid,
cuya fachada
está dominada
por el escudo
americanista.*



tiendo aquellas provincias a la obediencia del emperador. En recompensa repartió un millón trescientos mil ducados de oro de una sola vez a sus soldados, siendo él el único que despreció el dinero. Tras llevar esta empresa a buen término, en cumplimiento de sus promesas por los grandes beneficios recibidos gracias a la protección divina, mandó levantar desde sus cimientos esta sagrada iglesia, para alabanza y gloria de Dios omnipotente, y en honor de Santa María Magdalena. La dotó con gran generosidad, destinándola para mausoleo suyo. Murió en Sigüenza el año del Señor de 1567, a 10 de noviembre y a los 74 de su edad. *Semper vivat*".